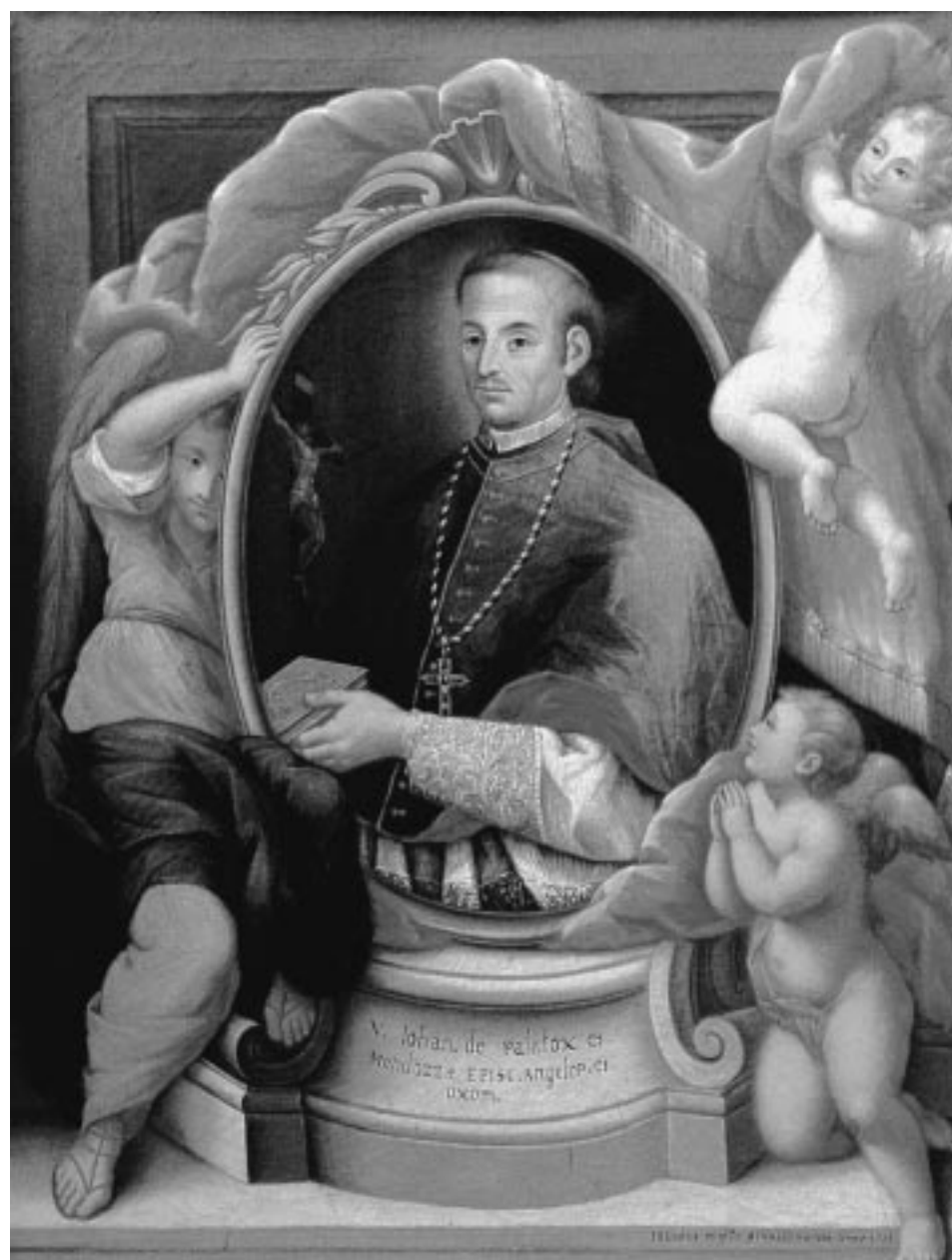


ÍNDICE

I	Motivación de la Carta pastoral	9
II	Breve reseña biográfica de Juan de Palafox y Mendoza ...	17
III	Los grandes temas de su vida y de su espiritualidad que interpelan al hombre actual y al creyente del siglo XXI	25
	- La opción por los pobres y desheredados.....	27
	- Su interés, amor y defensa de los indígenas	33
	- El amor y la preocupación por los sacerdotes.....	35
	- Su talante humano y dialogante y su celo pastoral por las almas	39
	- Sus prioridades pastorales	42
	- Importancia en su vida de la oración y la Eucaristía	45
	- Su austeridad de vida, el ayuno y el sacrificio cotidiano .	46
	- Su amor entrañable a la Virgen y al rosario	48
	- Su labor de Padre y Pastor con los sacerdotes	50
IV	A modo de conclusión	59
	Bibliografía	65



N. Iohannes de Valintox et
Arenobazze, Episc. Angelop. et
Oxon.

TELLETTI 1707. STANETTI 1707. 1707.



MOTIVACIÓN DE LA CARTA PASTORAL

El día 27 de marzo de 2010 el Santo Padre Benedicto XVI firmó el Decreto por el que se reconocía y declaraba que Juan de Palafox y Mendoza reunía todas las condiciones para ser declarado beato.

Ha sido el final de un largo proceso que comenzó hace casi tres siglos y medio. El año 1666, siete después de su muerte, el cuerpo de Juan de Palafox y Mendoza es exhumado apareciendo incorrupto. Ese mismo año la Diócesis de Osma comienza su proceso de beatificación.

Acontecimientos históricos diversos van retrasando, una y otra vez, en el Vaticano el proceso de discernimiento y de discusión de la causa. El 4 de abril de 2008 el Congreso de consultores de la Congregación para las causas de los santos analiza el documento sobre la vida, virtudes y fama de santidad con resultado positivo pasando la causa a la Comisión de cardenales que, reunida el 2 de diciembre del mismo año, dictamina que Juan de Palafox y Mendoza vivió “en grado heroico” las virtudes cristianas. Y así, Benedicto XVI declara Venerable a Juan de Palafox y Mendoza el 17 de enero de 2009 al firmar el Decreto de la Congregación para las causas de los santos reconociendo sus “virtudes cristianas heroicas”.

El 8 de enero de 2010, sometido a juicio de la Comisión de cardenales el milagro atribuido a su intercesión, es considerado por Cardenales y médicos como “hecho sobrenatural”. Y llegamos así al 27 de marzo de 2010, fecha en que el Santo Padre Benedicto XVI aprueba la promulgación del Decreto sobre el milagro atribuido al Venerable Juan de Palafox y Mendoza confirmando el voto emitido por la Congregación ordinaria de cardenales y obispos.

Para todos los diocesanos de Osma-Soria, en la que Juan de Palafox y Mendoza ejerció su labor pastoral desde 1654 hasta 1659, y para mí como Obispo actual y sucesor suyo en el pastoreo de la misma, es un motivo de gozo y alegría su elevación a los altares como beato, pues él es el único de los obispos de toda la historia de la Diócesis, a excepción de San Pedro de Osma, a quien la Iglesia ha reconocido tal honor.

Dos han sido los motivos que me impulsan a escribir esta Carta pastoral dedicada a glosar la figura y la espiritualidad de Juan de Palafox y Mendoza.

El primero de ellos es el deseo de contribuir a dar a conocer su vida y su mensaje a todos los diocesanos, pues a ellos toca muy de cerca y de manera inmediata la existencia de esta gran figura episcopal de nuestra Diócesis.

El segundo es mostrar la excelencia de una espiritualidad como la que él vivió y que queda más resaltada por los grandes contrastes que experimentó en su vida. A medida que uno se va adentrando en su figura y en sus escritos, en sus convicciones y su estilo de vivir, se da cuenta de que si no supiéramos por la historia que es un obispo del siglo XVII, se podría pensar que estamos ante un personaje con unas vivencias, intuiciones pastorales y virtudes propias de alguien del siglo XXI y por eso mismo tiene mucho que decir al creyente de hoy.

El estilo de vida de Juan de Palafox está salpicado de contrastes que dicen mucho al hombre actual y en los que éste puede comprobar que la vida cristiana se puede vivir hasta las últimas consecuencias en los diversos estratos de la vida humana, social y eclesial.

Juan de Palafox llama la atención, y éste es uno de los contrastes a los que me refiero, por el hecho de que siendo obispo de Puebla de los Ángeles, Visitador general de aquellos Reinos y sus Tribunales y Virrey de México, tierra de oro y plata, sin embargo renunció a todo lo que estos cargos podrían proporcionarle por vivir el espíritu de pobreza y decoro episcopal. Su vestido, su comida y su habitación eran un verdadero contraste con el poder que le ofrecían todos los cargos que ocupó y que a quien no le conociera harían pensar en alguien que vivía de grandes lujos y llevando una vida llena de despilfarro y opulencia.

Otro de los contrastes que aparecen en su vida es que, a pesar de la categoría social que le daban sus cargos, sin embargo fue un hombre sencillo, de trato amable, cercano y dialogante; y a pesar de pertenecer a una familia aristocrática, su gran obsesión fueron los pobres, lo cual le llevó a dar todo lo que tenía por ellos, llegándose hasta empeñarse porque toda su hacienda y cuanto caía en sus manos lo repartía entre los más necesitados.

Lo mismo podemos decir de la importancia de la oración en su vida. La tenía como algo absolutamente necesario y de ella

sacaba las fuerzas y las luces para ser fiel a la misión que se le había confiado como obispo, misión que desarrolló con gran celo pastoral.

Estos y otros contrastes en su vida, pienso que son un auténtico testimonio para el hombre actual caracterizado por la sobrevaloración de lo material, por el egoísmo que le hace pensar sólo en sí mismo como si los demás no existieran, por su prepotencia por la posesión de medios materiales que le lleva a prescindir de Dios y de los demás, por el orgullo que nace del “tanto tienes tanto vales” y que le hace mirar por encima del hombro a los demás.

El testimonio de una vida como la de Juan de Palafox, que encontró la felicidad y el camino de Dios dedicado a su misión pastoral y a los más necesitados, puede ser un verdadero punto de referencia para el hombre de hoy, que le cuestione su forma de vivir tantas veces al margen de Dios y dedicado a trabajar para tener más, poder más y disfrutar cuanto más mejor.

Estos son los motivos que me han movido a escribir esta Pastoral sobre el obispo Palafox, por considerarle un ejemplo vivo, un testimonio para el hombre actual, de personalidad, de fe y de respuesta a la llamada del Señor. Ojalá este escrito sirva para que quien lo lea se cuestione y se sienta llamado a imitarle en su vida.





BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA
DE JUAN DE PALAFOX
Y MENDOZA

Juan de Palafox y Mendoza nació en Fitero, provincia de Navarra (España), el 24 de junio de 1600 y fue hijo de Jaime de Palafox y Rebolledo -Marqués de Ariza- y Ana Casanate y Espés que, por ocultar este nacimiento, permitió que una de sus criadas intentara arrojar al niño al río Alhama. Salvado de las aguas por la providencial intervención de un guardamonte, estuvo hasta los diez años a cargo de unos molineros. Su madre tomó el hábito de Carmelita descalza en Tarazona en 1601.

Aunque Palafox lo mantuvo en el anonimato, rezaba todos los días por los padres naturales y al volver de las Indias se recogía frecuentemente en el Pilar y en los conventos en los que había estado su madre. Y es que pesó en él, y mucho, el hecho de ser hijo ilegítimo, tan mal visto en la España de aquella época.

Fue bautizado el 29 de junio de 1600, festividad de San Pedro Apóstol. Los nueve primeros años los pasó en la casa de una familia de Fitero, que lo crió y le dio su apellido y que era pobre y numerosa. Estos años tendrán una gran influencia en su temperamento y quedarán marcados en su corazón, de manera que fueron una constante en su vida el amor por de los pobres, los desfavorecidos y los indios, de los que siempre fue un fiel defensor y protector.

En 1609 es reconocido por su padre y a partir de aquí cambia mucho su vida. Juan era un niño inteligente y despierto. Estudia en los Jesuitas de Tarazona, Humanidades en Huesca y Derecho en Alcalá y Salamanca. Terminados sus estudios, volvió a Ariza y gobernó los estados de su padre, dedicándose al mismo tiempo a la lectura de autores importantes. Entre 1620 y 1625 gobernó el Marquesado de Ariza, donde no le faltaron problemas y dificultades con sus vasallos. Sin embargo, Juan de Palafox demostró buen sentido de gobierno y se preparó para mayores responsabilidades.

Muerto su padre en febrero de 1625, asumió la tutoría de sus tres hermanastros. Meses más tarde acudió a las Cortes de Aragón convocadas por el rey Felipe IV. Fue allí donde el Conde-Duque de Olivares descubrió su valía y le propuso ir a Madrid, donde fue fiscal del Consejo de guerra y, más tarde, del Consejo de Indias, donde tuvo actuaciones verdaderamente estelares. Él mismo afirma en sus escritos que durante esos años *“se dio a todo género de vicios, de*

entretenimientos y desenfreno de pasiones". Mas todo cambió en 1626. Una grave enfermedad de su hermana Lucrecia y la muerte sucesiva de dos grandes personajes le hicieron exclamar: "*mira en qué paran los deseos humanos ambiciosos y mundanos*". La conversión fue radical. Junto a la oración y una frecuente vida sacramental, se impuso una durísima penitencia voluntaria el resto de su vida, al tiempo que con infatigable vigor acometía su trabajo cotidiano.

En 1629 es ordenado sacerdote y al poco tiempo el rey Felipe IV le nombra Capellán y Limosnero mayor de su hermana María, para que la acompañe en su viaje por Europa para ser la esposa del rey de Hungría, Fernando III. Este viaje, que duró tres años (1629-1631), le da ocasión de conocer Europa, las convulsiones a las que está sometida y los desastres de la guerra. Es ésta una época en la que Palafox destaca como escritor.

En 1639 fue designado para ocupar la sede episcopal de Puebla de los Ángeles, a la vez que otros cargos de gobierno en la Nueva España. Antes de aceptar el episcopado, consultó su decisión con diversos personajes famosos en su tiempo, entre otros con Santo Tomás de Villanueva que le animó a aceptar a la vez que le hizo ver que Dios le quería santo de escoplo y martillo y no de pincel. Y así, el 27 de diciembre de 1639 recibía en San Bernardo de Madrid, rodeado de cistercienses, la consagración episcopal.

En 1640 parte para las Indias y permanecerá allí hasta 1649. En este periodo desempeñará diversos cargos importantes al servicio de la Monarquía y de la Iglesia. Su labor en Puebla de los Ángeles fue realmente ingente. Visitó hasta el último rincón de ese inmenso territorio, ordenó por completo la diócesis, logró la reforma del clero secular y regular y de los conventos de monjas, escribió numerosas Pastorales, se volcó en tareas educativas, culturales y sociales, levantó cuarenta y cuatro templos, muchas ermitas y más de cien retablos, además de la catedral que él mismo consagró en abril de 1649. Frente al altar de las ánimas de este templo mandó abrir, con toda sencillez, su propio sepulcro.

En 1649 regresó a España por orden del rey, que juzgo políticamente provechoso llamarle a la península. Los primeros años

de la década de los cincuenta los pasa en Madrid en la corte española como Consejero de Aragón y entregado a ejercicios piadosos.

En 1654 fue presentado para la sede de Osma, donde permanecería siendo obispo de nuestra diócesis hasta su muerte el 1 de octubre de 1659, sin poder legar a sus allegados más que los pocos objetos imprescindibles que le quedaban. El Cabildo, según las instrucciones establecidas, le dio sepultura de limosna, conociendo la pobreza con que había muerto.

En la entonces diócesis de Osma dejó un rastro imperecedero: elevó el nivel espiritual de la misma, fue generoso con los pobres hasta el extremo, escribió numerosas Pastorales y varios libros, tuvo siempre un gran desvelo por los marginados y desprotegidos de la sociedad y se preocupó incesantemente por la justicia.

La fama de santidad, de la que Palafox gozó ya en vida, se tradujo a su muerte en una pronta solicitud popular de beatificación. Tan insistente fue esta solicitud que sólo siete años más tarde, en 1666, se inició el proceso canónico en Osma y en 1688 en Puebla. En su vida confluyen su fecundidad como obispo, reformador, pensador, escritor, mecenas de las artes y la cultura, legislador y asceta.

Destacó por su gran celo pastoral, demostrado en las visitas pastorales, fue un gran amante del rosario, del que decía que era el breviario de los que no saben leer, cuidó y cultivó espiritual y formativamente a los sacerdotes, contactó con la gente sencilla conociendo sus necesidades y socorriéndolas en lo que pudo.

Su estancia en Osma fue exclusivamente pastoral, de tal manera que los cinco años que permaneció en ella dejaron profunda huella en el pueblo fiel, en los sacerdotes y religiosos, motivo por el cual desde el mismo día de su muerte, el 1 de octubre de 1659, se empezó a hablar de recoger informaciones sobre su vida y virtudes.





LOS GRANDES TEMAS DE SU VIDA
Y DE SU ESPIRITUALIDAD
QUE INTERPELAN
AL HOMBRE DE HOY
Y AL CREYENTE DEL SIGLO XXI

Una de las cosas que más llama la atención cuando se va conociendo la persona y la espiritualidad de Juan de Palafox es la actualidad de sus criterios personales y pastorales, los temas que él vivió de manera excepcional en su vida personal, los que cultivó en su misión episcopal y los que fueron objeto de sus enseñanzas para los demás. Son realmente aspectos que dicen mucho al hombre de hoy, le interpelan y le pueden animar a vivir en toda su plenitud las exigencias de la fe.

La opción por los pobres y desheredados

En México Palafox podía haber vivido ostentosamente, rodeado de lujos y grandezas a todos los niveles y en todos los aspectos. Sin embargo, vivió en pobreza y murió en la indigencia más absoluta, llegando a ser un auténtico pobre de pedir limosna. Tanto en Puebla como en Osma vivió con auténtico rigor todo lo que se refería a la administración de las rentas eclesiásticas, porque estaba convencido de que el dinero de la Iglesia pertenecía a los pobres. La limosna para con los pobres la practicaba con una doble intención: socorrer el cuerpo necesitado del pobre y salvar su alma.

Su planteamiento económico excluye el ahorro personal y las provisiones de futuro. Se trata de una pobreza en grado heroico, y tanto es así que cuando tiene que regresar a España se ve obligado a pedir el dinero para el viaje.

En la casa episcopal de Palafox había un cargo muy significativo: el de Limosnero, con una triple variante: Limosnero mayor, Limosnero de cámara y Limosnero para casos especiales:

“Las limosnas ordinarias (dejando a parte las obras pías y fundaciones), podrán dividirse en tres distribuciones: la primera es la limosna que se da cada día a los pobres a la puerta; la segunda es la que da el obispo por su cámara, que es por la mano de un criado que ande siempre cerca de sí, porque a cualquiera parte que fuere, halle y tenga que dar, señalando cierta cantidad cada día; la tercera, a pobres vergonzantes,

socorros secretos, Religiosas de conventos necesitados, raciones ordinarias, pobres honrados y otros de esta calidad. Y de estas tres funciones pide mayor persona la tercera, tanto porque han de ser más gruesos los socorros, como por la confidencia y secreto de darlos, pues muchas veces sucederá que no lo habrá de saber sino el mismo que los da y quien los recibe; y así éste podrá ser el Limosnero mayor y que vele sobre todos los demás [...]

Y la limosna ha de ser tal, si lo permitiere el caudal del obispo, que por lo menos se les dé en especie o dinero lo que hubieren menester para comprar pan para comer aquel día”¹

No sólo sirve a los pobres por medio del servicio, sino que lo hace también personalmente, como actividad pastoral y medio de santificación. Es su “opción preferencial por los pobres”, de tal manera que el Obispado de Puebla se convierte en la casa de los pobres:

“Si el obispo se aficionare a que coman pobres en su casa, ha de cuidar de esto el mismo que da la limosna a la puerta y ayudándole el sacerdote o criados que señalaren. Y en este caso atienda grandemente a que la pieza, donde han de comer, esté clara o desembarazada, los manteles y servilletas blancos, la comida sazónada, dándoles la bendición a la mesa y las gracias y ordenando que coman con grande silencio y que a los viejos y enfermos se les dé a beber vino, y que les lean alguna cosa devota, clara y fácil, mientras coman, avisando al obispo antes de que comiencen a comer, por si quisiese hallarse a servirlos o a comer con ellos. Y si algún pobre quisiere guardar para cenar lo que le sobra de comer le ayuden a ello y se lo guarden y dejen llevarlo. Y en

¹ Juan de Palafox y Mendoza, *Direcciones pastorales*, parte II, cap. 2º, nn. 19-20.

todo se obre con ellos teniendo presentes las palabras de Cristo nuestro Señor: Quo uni ex minimis istis fecistis, mihi fecistis"²

A Palafox le preocupó la promoción y el trabajo de los pobres y para los pobres, porque estaba convencido de que la pobreza sin trabajo produce miseria. Por ello, lucha por encontrar estímulos humanos para los pobres y desheredados que les ayuden a encontrar su camino de dignificación humana y cristiana. Entre estos estímulos humanos que ayuden a los pobres al logro de su dignidad humana y cristiana destaca la promoción artesanal, la formación religiosa y la educación de la juventud:

"No consienta a esta causa muchos muchachos ociosos ni pobres mendigos que pueden trabajar, haciendo para eso casas donde vivan zapateros, sastres y otros oficiales que cuiden de los muchachos que se llevaren a ellas, y que aprendan oficios y vivan con virtud. Y tenga para esto muy buenos administradores sacerdotes y seglares de la limosna que, de conformidad con sana intención, acudan a repartirla y lo mismo haga con el recogimiento de niñas, para que críen con honestidad y virtud.

*Tenga grandísima atención a promover la buena educación de la juventud exhortando a esto a los seglares, y ayudándoles con su cuidado y limosna promoviendo las escuelas de niños, y haciendo que los maestros cuiden mucho de que no sean traviesos, ni anden perdidos por las calles y dando alguna forma en esto como se suele hacer en las ciudades de Italia y Alemania, y tenga este punto por uno de los más esenciales"*³

Palafox lo da todo por caridad cristiana, sin reservarse nada para él, porque su vida y su muerte, su presente y su futuro, los ha

² Ibid., n. 21.

³ Ibid., parte I, cap. 7º, nn. 14 y 10.

puesto en las manos de Dios. Por eso, en los últimos días de su vida y en el momento de la muerte podrá decir:

“Todo es suyo [de Dios] y nada le damos; no somos dueños sino mayordomos suyos. Los pobres le representan y nosotros: ellos al ser socorridos, nosotros al socorrerlos. No ha de tener términos la limosna, como no los tiene la caridad. Dios nos dio hasta su misma sangre de limosna y así todo lo debemos. Con esto y con estar dispuestos, si fuere necesario, a dar la vida por todas las ovejas, espere en la misericordia de Dios que le dará la gracia para obrar de manera que no le sea el ministerio y la dignidad motivo de confusión sino corona en el juicio”⁴

La devoción y el fervor de Palafox por los pobres nació en él de aquellos primeros nueve años de su vida que pasó en la «familia de acogida» que le crió en la localidad navarra de Baños, que era pobre y que enseñó a Palafox a estimar la pobreza.

“Va a guardar cuatro o cinco ovejas de su padre putativo, aprendiendo también los primeros rudimentos de las letras y de la fe”⁵

Esta experiencia de su niñez configurará definitivamente su persona y le convertirá en un firme defensor de los pobres y desfavorecidos, de los marginados y los indios. Nunca olvidará aquella familia que le crió en su infancia, ni a su padre putativo ni a sus hijos y nietos, a quienes buscó empleos de acuerdo con sus capacidades y aptitudes.

Siendo obispo, los domingos visitaba a los enfermos en el hospital y les regalaba a los que estaban hospitalizados algunos dulces que ellos agradecían mucho. A los pobres siempre los socorría con las limosnas que podía, y cuando no tenía dinero daba a los pobres que iban a pedir a su casa de las alhajas que le quedaban.

⁴ Ibid., parte I, cap. 7º, n. 16.

⁵ R. Fernando Gracia, *Nacimiento e infancia del Venerable Palafox*, p. 71.

Cuando su hermano el marqués se fue a Valencia, no tenía para seguir socorriendo a los pobres y cuando éstos acudían a pedir limosna les daba incluso los libros de su librería personal, que era lo que más estimaba, por no dejarles sin consuelo. Su afán y deseo de dar limosnas a los pobres fue creciendo de tal manera que nunca se vio desempeñado, sino que siempre iba empeñándose más y más. En efecto, durante toda su vida destacó por vivir y poner en práctica la caridad con los pobres, llegando a empeñar por socorrerlos. Hasta tal punto entrega todo lo que tiene a los pobres que cuando tiene que volver para España su deuda ascendía a ciento treinta mil pesos, y no tiene otro remedio que pedírselos al Rey. Y esto no se debió a sus gastos personales ni a las dádivas ni regalos que pudiera hacer a sus hermanos y sobrinos en España, pues si es verdad que cuando estaba en España, antes de ir a las Indias, les ayudaba cuanto podía, sin embargo en los más de ocho años que permaneció en las Indias se olvidó de ellos en lo que a la economía se refiere.

Ni los gastos para su familia ni los gastos propios fueron la causa de sus empeños, porque cuando de él se trataba o de los suyos procedía con total sobriedad y austeridad, sin ningún tipo de derroche. Su propia ropa desgastada por el uso la aprovechaba hasta el límite, y era él mismo quien la remendaba cuando era preciso, algo que aprendió en la infancia de su padre putativo que era sastre.

El amor, entrega y su opción total por los pobres y desheredados llaman especialmente la atención hoy en una sociedad en la que se utilizan grandes palabras como justicia, solidaridad, bien común, lucha contra la pobreza, sociedad del bienestar, etc. Palabras no siempre llenas de contenido sino tantas veces vacías porque los pobres cada vez son más pobres y los ricos cada vez más ricos, porque la situación económica mundial a la que hemos llegado ha sido fruto de las injusticias y de los trapicheos, de la avaricia y del egoísmo, de buscar sobre todo el enriquecimiento rápido, sin pensar quiénes son los perjudicados, porque cuando algún necesitado, y hoy hay muchos, llama de mil formas a nuestra puerta, miramos para otro lado porque los realmente

importantes somos nosotros y miramos sólo por nosotros mismos, cegados frecuentemente por un egoísmo que nos impide ver la necesidad del otro.

Ante el testimonio de nuestro obispo Palafox, nuestras actitudes con relación a los demás, sobre todo con los pobres y necesitados del momento presente, se quedan, cuando menos, muy cortas en relación a lo que deberían ser, porque cuando machaconamente estamos oyendo la situación que viven familias enteras, los millones de parados de nuestro país que no les llega para vivir dignamente, cuando se nos urge a tomar conciencia y a desprendernos de algo nuestro para darlo a Cáritas u otra Institución caritativa, como mucho metemos tímidamente la mano en nuestros bolsillos queriendo tranquilizar nuestra conciencia, pero no somos capaces de desprendernos sino de algo muy pequeño, de una pequeña cantidad que no ayuda demasiado a los que están pasando por verdadera penuria.

El testimonio de Palafox, que pudo haber vivido como un verdadero magnate, rodeado de lujos y nadando en la abundancia, le llevaba por otro camino totalmente opuesto, y le pedía poner en primero y casi único lugar a los pobres y necesitados y atenderlos, entregando todo cuanto tenía para que ellos pudieran vivir de forma digna. Su caridad, además, no fue puramente asistencial sino que procuró buscar a los necesitados un trabajo que dignificase sus personas, ofrecerles una formación y una fe que les hiciera salir adelante y les ayudara a encontrar sentido a sus vidas.

Un testimonio que tiene mucho que decirnos y de hecho nos cuestiona, nos interroga y nos interpela, haciéndonos una llamada a la solidaridad con los que están cerca de nosotros y vemos que tienen necesidades especiales y a aquellos otros de lejos, que son también hermanos necesitados y a los que también podemos y debemos socorrer.

Palafox se preocupó no sólo de socorrer a los pobres en su pobreza material, sino que trató también de preocuparse por su formación humana y cristiana de tal manera que su amor y entrega hacia ellos fructificara en el renacimiento en ellos de los valores humanos y cristianos que les ayudaran a dignificar sus personas y a encaminar sus vida a Dios.

Entre nosotros se están produciendo muchas pobreza materiales que echan profundas raíces en familias y personas que no tienen para llegar a fin de mes, que no pueden permitirse nada más que lo imprescindible para subsistir, pero además de estas pobreza materiales, fruto y consecuencia de la crisis económica, percibimos también una pobreza más importante: la espiritual, que subyace bajo las otras materiales. Es la crisis de valores y actitudes, es la crisis de valores morales, la crisis de la dignidad del ser humano cuando no es la persona el centro de la vida social, cuando el dinero se convierte no en un medio al servicio de la persona sino en un fin en sí mismo. Detrás de la crisis financiera asoma el fracaso de esta sociedad del bienestar y de un modelo de desarrollo que no ha logrado disminuir las desigualdades ni reducir la pobreza.

Esta situación nos interpela a todos no sólo en orden a una mayor responsabilidad en la comunión cristiana de bienes, sino también respecto a la necesidad de una conversión personal y comunitaria, a recuperar los valores perdidos, porque una sociedad sin valores es una sociedad enfilada al fracaso, mientras que una sociedad con valores es una sociedad con futuro.

Esta invitación a fundamentar nuestra convivencia en los valores de la comunión y la participación solidaria, adquiere una particular relevancia para nosotros los creyentes que nos acercamos cada día o cada domingo a recibir al Señor en la Eucaristía ya que la Eucaristía es el sacramento de la comunión. Y porque todos formamos un solo cuerpo en el Señor, todos estamos llamados a cooperar al bien común compartiendo nuestros bienes con los hermanos que pasan necesidad para que dejen esa situación y para hacer renacer en la sociedad y encarnar en nosotros los valores auténticamente humanos y cristianos que tal vez hemos perdido o descuidado.

Su interés, amor y defensa de los indígenas

Palafox fue un auténtico protector y defensor de los indios y sus derechos. Respecto a las virtudes de los indígenas, escribe un largo memorial a Felipe IV donde muestra un comportamiento au-

ténticamente ejemplar con ellos, al tiempo que nos ofrece una descripción de su situación.

Si como virrey encontraba dificultades para conocer los dolores y sufrimientos de los indios, pues siempre le llegaban tarde y dulcificados, como Pastor y obispo conocía plenamente y tenía la oportunidad y así lo hacía, de auxiliar, interesarse y luchar por la defensa de aquellos indígenas que eran maltratados y marginados de la sociedad. Dice al respecto:

“Porque los virreyes, por muy despiertos que sean en el cuidado de su ocupación, no pueden llegar a comprender lo que padecen los indios, pues en la superioridad de su puesto, llenos de felicidad, sin poderse acercar a los heridos y afligidos que penan, deramados y acosados por todas aquellas provincias, tarde y muy templadas llegan a sus oídos las quejas [...] Por eso es más a propósito para conocer estos daños el oficio de Prelado y Pastor, el cual como por su ocupación se ejercita en apacentar sus ovejas, verlas y reconocerlas, llamarlas, enseñarlas y buscarlas por los pueblos y los montes”⁶

Precisamente, para amparar y defender los derechos de los indios, consideró necesario como obispo que el virrey tuviera un asesor experimentado que conociese el carácter y las peculiaridades de los mismos y que a la vez aquellos tuviesen una persona de su confianza a quien pedir consejo y socorro cuando alguien cometiera algún abuso contra ellos.

Ante las quejas de abusos tanto de los indios como de los españoles contra los alcaldes mayores que les obligaban a trabajar día y noche en sus granjas, frecuentemente sin paga alguna, y que las autoridades consideraban pueriles, Palafox ordena que esas quejas se revisen, dando escarmiento a algunos alcaldes mayores, escarmiento que sirvió para que los demás se sintieran avisados en cuanto al debido funcionamiento de la justicia. En este tema de la

⁶ Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*, Introducción, pp. 446-448.

defensa de los derechos de los indígenas Palafox es un modelo de comportamiento y de lucha para nosotros en el momento presente.

Enlazando con esta cuestión, tengamos en cuenta que España es un lugar con mucha inmigración, y particularmente en estos momentos los inmigrantes son los primeros en sufrir las consecuencias de la crisis económica, los primeros que quedan a la intemperie.

Entre los inmigrantes, se dan todas las situaciones pensables: explotación obrera con sueldos muy por debajo de los que tienen los españoles que desempeñan el mismo trabajo, realización de las labores más penosas y peor remuneradas, sueldos de miseria a los “sin papeles”, desarraigo familiar y división de la familia con una parte aquí y la otra en su lugar de origen, desarraigo religioso, etc.

El ejemplo de Palafox, que desarrolló realmente una labor valiosa con los indígenas, debe estimular nuestro interés por los inmigrantes, por su situación, por la denuncia de las situaciones injustas con ellos, por la evangelización de los mismos, preocupándonos y dándoles cabida en nuestras comunidades, para que encuentren en ellas el respaldo y la fuerza de la fe que les haga mantener encendida la llama de la esperanza.

También en este tema de los inmigrantes tiene mucho que decirnos la actitud y el planteamiento desarrollado por Palafox en la Nueva España y ojalá fuéramos capaces de sentir en nuestra vida la preocupación que él sintió por el colectivo de los más desfavorecidos, los marginados e inmigrantes, para integrarlos plenamente en nuestra sociedad con todos los derechos y obligaciones.

El amor y la preocupación por los sacerdotes

El desempeño de su cargo en el Consejo de Indias, en el que tuvo ocasión de acceder a informes secretos tanto en materia política como administrativa y eclesiástica, proporcionó a Palafox un conocimiento grande de los problemas a los que había de enfrentarse como obispo de Puebla. Entre estos problemas estaba el he-

cho de que en la diócesis la comunidad criolla e hispana era minoría, mientras la comunidad india era mayoría. Esto le hace afrontar el tema de la asistencia religiosa, que a su vez le lleva a dar prioridad al tema de los sacerdotes diocesanos.

Ambos temas los afronta, según consta en las *Direcciones pastorales* de Palafox, por una parte con tranquilidad, dado el conocimiento que tenía de los mismos, y por otra con una urgencia que no admite demoras. En el citado escrito trata el tema de los sacerdotes diocesanos desde dos puntos de vista: desde lo que deben ser y desde lo que deben hacer.

Desde lo que deben ser, hace hincapié en la necesidad de una buena formación, por eso él va a valorar entre ellos a letrados y doctos en gramática, filosofía y teología. Valora, más en concreto, a los doctos que tiene en el Cabildo a los cuales encomienda gran número de actividades, especialmente las referidas al gobierno de la diócesis. Habla del gran cuidado que debe tener el obispo en desterrar la ignorancia de sus curas, confesores y predicadores, pues son maestros y pastores del pueblo, y por lo mismo no pueden ser ignorantes que lleven a los demás a la ruina y a la perdición eterna:

“En lo que más cuidado ha de poner es en que se destierre toda ignorancia de los curas, predicadores y confesores porque, como quiera que éstos son maestros y pastores del pueblo, bien cierto es que si ellos son ciegos fácilmente los precipitan a la eterna ruina y perdición. Y así, sobre tenerlos bien examinados y estar informado de que cada uno sabe, ha de procurar en la Visita reconocer qué libros tienen y si estudian, y exhortarlos a que nunca dejen de la mano las Prácticas y Sumas morales, disponiendo alguna forma conveniente que dé precisa ejecución a sus órdenes”⁷

Otra de las grandes preocupaciones de Palafox con los sacerdotes diocesanos fue el cultivo espiritual y cultural de los mismos. Fue para él como una especie de obsesión por la gran respon-

⁷ Juan de Palafox y Mendoza, *Direcciones pastorales*, parte I, cap. 4º, n. 5.

sabilidad que los sacerdotes tienen con respecto a los laicos, y por el convencimiento de que un sacerdote espiritual y bueno puede hacer mucho bien a los seculares, pero un sacerdote que no lo sea puede hacer muchísimo daño a los mismos:

“La principal parte del aprovechamiento de los seculares es el buen ejemplo de los eclesiásticos, así como el escándalo y la relajación del clero la mayor ruina de lo secular [...] Por eso, el mayor cuidado del Obispo ha de consistir en la reforma del clero y en contenerlo en buena disciplina, asentando en su corazón que hace un sacerdote perfecto cien seculares virtuosos y un clérigo escandaloso mil seculares perdidos”⁸

Para Palafox, la vida espiritual de sus sacerdotes y su formación cultural fueron dos de las preocupaciones y prioridades en el ejercicio de su ministerio episcopal. Estas dos preocupaciones, que le quitaban el sueño, siguen siendo hoy preocupaciones de los obispos y de la Iglesia entera. Al sacerdote actual se le pide, tanto desde los documentos de la Iglesia como desde la sociedad en la que tiene que vivir y ejercer su sacerdocio, que cultive con empeño y esfuerzo su formación permanente. Una formación permanente que le lleve a tener un bagaje cultural, filosófico, teológico, moral y pastoral que le prepare y capacite para dar respuesta a los grandes interrogantes y problemas que el hombre de hoy tiene planteados, problemas e interrogantes que el sacerdote debe conocer y para los que debe estar capacitado humana, cultural y religiosamente en orden a ofrecer respuestas válidas.

El testimonio del obispo Juan de Palafox debe ser hoy un testimonio vivo que anime a los obispos y a la Iglesia entera a insistir a sus sacerdotes en la necesidad de esta formación permanente y renovada, y a los sacerdotes a hacer este esfuerzo de actualización en las ciencias filosóficas y teológicas, humanas y pastorales, para saber en todo momento salir al paso de los problemas que acucian a los hombres y mujeres del siglo XXI y ayudarles, así, a

⁸ Ibid., parte I, cap. 4^o, n. 2.

encontrar una autentica respuesta a los mismos como personas y como creyentes.

El hombre de hoy busca en el sacerdote al hombre que le lleve a Dios, a un hombre de Dios, por eso necesita ver en él a alguien con una espiritualidad intensa y profunda, que viva plenamente su identidad sacerdotal y que en el cumplimiento de su misión sea un testimonio auténtico de fe, un gran hombre de fe, con una vida de oración intensa, con una profunda espiritualidad y un celo pastoral verdadero por las almas.

Dos actitudes o cualidades que el obispo Palafox pedía y cultivaba con un esmero especial en sus sacerdotes y que coinciden perfectamente con las dos actitudes esenciales que hoy la Iglesia y los obispos pedimos a nuestros sacerdotes y la sociedad actual reclama con una intensidad especial en ellos, son el hacer posible una verdadera acción pastoral y el poder cumplir con la misión que se les ha encomendado. La espiritualidad sacerdotal, dice Palafox, debe ser impulsada por los obispos y vivida por los sacerdotes y los obispos desde la responsabilidad del magisterio episcopal y pastoral:

“Pues ¿qué son los prelados sino maestros públicos de la perfección cristiana, cabezas y prepósitos de los verdaderos seguidores de Cristo, hachas encendidas que han de alumbrar con su sabiduría y calentar con su fuego los corazones de sus fieles, ciudades sobre el monte de la perfección de donde se ha de comenzar la conquista de Cristo? ¿y qué han de ser sus sacerdotes sino cooperadores de su ministerio, coadjutores de sus trabajos, ministros de sus desvelos, abejas solícitas que labran la miel del buen ejemplo y la cera de la buena doctrina de que después se forman las luces con que viven en espíritu y verdad sus ovejas?”⁹

Así describe el programa espiritual válido tanto para el obispo como para los sacerdotes y que es hoy para todos nosotros una llama-

⁹ Ibid., Introducción, p. 6.

da a hacer realidad en nuestra vida lo mismo que él vivió e hizo realidad en la suya, porque él llevó una vida ordenada de oración, recogimiento y estudio, dedicación y trabajo, lo cual le convierte en un vivo testimonio para los obispos y sacerdotes de nuestro tiempo.

Su talante humano y dialogante y su celo pastoral por las almas

El conocimiento de la persona de Palafox nos sitúa ante un hombre de carácter amable y apacible, agradable en el trato, cercano y muy dialogante con todos y en todo momento. Le gustaba charlar con los religiosos a los que invitaba a comer a su casa con frecuencia, advirtiéndoles de que les invitaba no tanto por comer como para poder charlar con ellos de manera distendida.

Todos cuantos le conocieron testimonian su trato agradable, si bien esta cualidad no era de ninguna manera impedimento para que cuando debía corregir determinados defectos, lo hiciera con verdadera contundencia. Era tal la fuerza que ponía en sus correcciones que con pocas palabras persuadía muchísimo. Si los corregidos eran criados, de tal manera lo hacía que quedaban enmendados y temerosos, si bien lo hacía siempre con respeto y sin injuriarles. Si se trataba de personas cualificadas y de fuera de la casa, les llamaba y dialogaba con ellos corrigiéndoles con mucho tesón y paciencia.

Ya podían ser muchas y muy graves sus preocupaciones, aflicciones, trabajos y persecuciones que jamás se alteraba ni titubeaba. Esa serenidad demostraba su gran madurez humana y la mortificación con la que vivió toda su vida desde su misma conversión.

Tanto cuando estaba en Puebla como en su estancia en Osma obró siempre con gran desvelo y diligencia en todo cuanto se refería a su tarea pastoral, de tal manera que siempre que podía no delegaba en nadie sino que asistía personalmente a todos los actos y actividades pastorales.

En el desempeño de su misión como obispo en las diócesis que pastoreó fue un verdadero modelo, ejemplo y testimonio de celo pastoral por las almas, escribiendo pastorales con una gran pedagogía, divulgando la devoción del santo rosario, etc.

De tal manera se empeñó en el cumplimiento y vivencia de sus tareas pastorales que él mismo llegó a definir su tarea de la siguiente forma:

“Una continua fatiga es la obligación pastoral, vida llena de tribulaciones, penosa en lo que obra y peligrosa en lo que omite”¹⁰

Estaba plenamente convencido del papel de los obispos como garantes del orden social y criticaba abiertamente a aquellos preladados que por ascender buscaban la promoción a diócesis más ricas.

En su opinión, el obispo debía permanecer de por vida en la diócesis para la que había sido consagrado, lo mismo que el marido con su mujer legítima. Ésta fue la razón por la que él rechazó el traslado a la diócesis de México, para la que fue presentado como candidato.

Igualmente, tenía tremendamente clara la idea de que el episcopado y más concretamente las rentas que de él se recibían no podían ser para ofrecérselas y favorecer a sus parientes, sino a los pobres para los que el obispo debe ser un auténtico padre. Esto lo vivió tan al pie de la letra que en el tiempo que estuvo como obispo tanto en Puebla como en Osma, los palacios episcopales se convirtieron en casas de y para los pobres.

A propósito de la dignidad episcopal y el empleo de los beneficios que recibía de la misma, se expresaba de la siguiente manera:

“La dignidad episcopal no tiene parientes, sino acreedores y estos son los pobres, tuyas son las rentas, no de los parientes de quien sólo tengo la sangre. Y Dios no ha de pedirme cuenta de lo que dejé de hacer para que mi sangre viviese con sobras, sino de lo que quité a los pobres para que en mis parientes sobresaliesen los excesos”¹¹

¹⁰ Juan de Palafox y Mendoza, *Satisfacción al Memorial de los Religiosos de la Compañía de Jesús*, I, p. 271.

¹¹ A. González De Rosende, *Vida del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza*, p. 51.

Así confirmaba que para los pobres era y quería ser en todo momento un auténtico padre pendiente constantemente de ellos y que ellos eran la realidad que más le preocupaba y quitaba el sueño.

Palafox, con su talante humano y con su celo espiritual y pastoral por las almas, es una vez más alguien que interpela erigiéndose en un verdadero testimonio para los obispos y sacerdotes de nuestro siglo XXI. En efecto, hoy lo mismo al obispo que a los sacerdotes se les pide que sean personas cercanas, amables, con un talante abierto, acogedor y dialogante.

Este aspecto humano es uno de los que cuesta realmente conseguir tanto a los obispos como a los sacerdotes, sobre todo cuando se les pide que sean los que muestren el camino recto por el que llegar a Jesucristo, para lo cual frecuentemente tienen que corregir y llamar la atención sobre determinadas conductas. A veces se piensa que alguien cercano y dialogante debe ser alguien permisivo y en ningún momento exigente. Se confunde la cercanía y el diálogo con la pérdida de la autoridad. Se pervierte la comunión con el obispo, el cual mientras no exige o corrige goza del favor de todos pero cuando se ve en la obligación de hacerlo aparecen las fisuras y las faltas de obediencia que denotan no haber asumido realmente lo que significa la comunión eclesial.

El talante de cercanía, diálogo y acogida de todos, tanto en el obispo como en el sacerdote, es una cualidad muy valorada hoy, pero debemos tener muy claro que tal cercanía, acogida y diálogo nunca deben ser obstáculo para que el obispo cumpla con la misión que la Iglesia le ha asignado y que por lo mismo cuando las cosas no se hacen bien ha de corregir y enseñar, aunque dicha enseñanza contradiga opiniones personales concretas, manifestadas o vividas.

En Palafox podemos encontrar un verdadero testimonio de alguien que siendo acogedor, cercano y dialogante, sin embargo cuando ve algún aspecto que debe corregir como obispo, lo hace con toda contundencia de tal manera que queda clara su posición, sin que ello se vea comprometida en nada su cercanía para con todos.

En él encontramos, igualmente, un modelo de entrega a su tarea pastoral con tal intensidad que ello le hace sentir el lógico desgaste personal derivado del cumplimiento de su misión.

Palafox, desde su testimonio de pobreza vivida hasta las últimas consecuencias, es hoy para nosotros, especialmente para obispos y sacerdotes, un modelo y un estímulo para vivir también como él la pobreza evangélica, como signo de nuestro desprendimiento de las cosas de este mundo y de nuestro apego únicamente a Jesucristo, nuestro verdadero y único tesoro, frente al cual todo lo demás pierde su valor.

Sus prioridades pastorales

Juan de Palafox, en la obra *Diversos dictámenes espirituales, morales y políticos*, resume sus prioridades pastorales y sus tareas principales como Prelado:

“El buen obispo ha de poner los ojos en su obispado, en lo que más necesita y socorrerlo de aquello, prefiriendo los socorros espirituales a los temporales. Falta predicación, proveerlo de ministros. Falta educación, proveerlo de seminarios. Sobran necesidades, proveerlo de socorros. Corre riesgo con la necesidad la honestidad y está despoblada la tierra, casar huérfanas. Hay pocos que confiesen y prediquen, fundar conventos. De estos hay copia, pero el clero está deslucido, lucir y amparar al clero y enseñarlo y ocuparlo y socorrerlo. Porque darle a su obispado lo que no ha menester y le falte lo que ha menester, no es buena administración. Y así ha de guardarse el prelado de hacer fundaciones que miren más a la autoridad de su persona que a la necesidad de su diócesis”¹²

Igualmente, en otro de los *dictámenes* hace un resumen de las más importantes obligaciones de los obispos:

“Usar bien de la jurisdicción y defenderla, dar doctrina espiritual y hacer socorro temporal. Con la primera

¹² Juan de Palafox y Mendoza, *Diversos dictámenes espirituales, morales y políticos*, Dictamen XXXIV, p. 10.

los defiende y los corrige, con la segunda les da luz y enseña, con la tercera los socorre y los sustenta”¹³

En otro, apunta a que el prelado debe utilizar todos los medios a su alcance para cumplir con las tareas que tiene encomendadas como prelado diocesano:

“El buen prelado, cuando le impiden por una calle el servicio de Nuestro Señor, ha de intentar andar por otra y no parar. No le dejan reformar con la jurisdicción y religión, informe con la voz. No puede predicar, escriba. No puede escribir, ore. No puede conseguir, llore. Siempre ha de estar velando y obrando en el servicio de Dios, bien de las almas a su cargo y lucimiento del culto divino y de su Iglesia, hasta la última respiración”¹⁴

Podríamos enunciar así las prioridades pastorales que debe tener un obispo:

- ✓ Lo primero en lo que debe ocuparse un obispo en su tarea pastoral es en conocer bien las auténticas necesidades de su diócesis, estableciendo las más importantes y ofreciendo caminos de solución a las mismas, prefiriendo las soluciones espirituales a las materiales.
- ✓ Dedicar mayor esfuerzo pastoral a aquellas necesidades más urgentes e importantes y no gastar energías pastorales en lo que no sea realmente necesario.
- ✓ No buscar en la acción pastoral su lucimiento o resplandor personal en detrimento del resplandor de su diócesis y bien de sus diocesanos.
- ✓ Cuidar con especial esmero las tres funciones principales del ministerio episcopal: enseñar, santificar y gobernar.
- ✓ Un buen prelado debe ser creativo a la hora de cumplir con su misión evangelizadora, de tal manera que cuando encuen-

¹³ Ibid., Dictamen CXVI, p. 27.

¹⁴ Ibid., Dictamen LXXX, p. 17.

tre dificultades con una determinada acción, con un determinado método, deberá inventarse y echar mano de otro distinto que le garantice siempre el servicio a Nuestro Señor y a las almas que tiene encomendadas.

- ✓ Con respecto al clero, tiene Palafox una idea bien clara de lo que debe ser el clero secular: debe ser un clero bien formado, por eso será incansable en la fundación de los seminarios en sus diócesis. La formación del clero para él no termina en la etapa del seminario, sino que es necesario que una vez ordenados, los sacerdotes sigan estudiando y formándose. Es lo que, con palabras actuales denominaríamos formación permanente del clero. Al servicio de esta formación después de la etapa del seminario, funda el Colegio de San Pablo, en el cual los sacerdotes jóvenes perfeccionan sus estudios y conocimientos de Teología y Moral.
- ✓ Tiene, igualmente, claro cuál debe ser el talante con el que deben actuar los sacerdotes diocesanos, cuando les invita a *“ser más madres que padres de sus feligreses y en ningún caso señores”*¹⁵. Les recomienda, además, toda una serie de normas de conducta que deben observar con gran cuidado como estilo propio y medio de ayudar con su ejemplo a sus feligreses:

*“Deseo que se muestren más madres que padres de sus feligreses porque obedecerán ellos más al amor que no al rigor [...] Con amor y por amor, por amar y para amar a quien tanto nos amó hemos de gobernar a nuestros fieles”*¹⁶

Si en todo cuanto llevamos dicho de Juan de Palafox y Mendoza podemos encontrar una serie de actitudes que nos interpelan e iluminan a los obispos y sacerdotes del siglo XXI, en este capítulo de las prioridades pastorales no tenemos que esforzarnos nada por actualizar sus palabras, pues ellas mismas aparecen ante nosotros

¹⁵ Juan de Palafox y Mendoza, *La Trompeta de Ezequiel*, punto 7º.

¹⁶ *Ibid.*

como plenamente actuales. En efecto, las actitudes que describe, tanto referidas al obispo como a los sacerdotes, parecen escritas por un autor contemporáneo, y son perfectamente válidas sus recomendaciones para nosotros que estamos viviendo y ejerciendo nuestro ministerio pastoral después de cuatro siglos como obispos o sacerdotes.

Importancia en su vida de la oración y la Eucaristía

Palafox consideraba la oración tan absolutamente necesaria para él y para cualquier cristiano que llega a decir que sin ella no podía conservarse el alma segura.

Convivió mucho con los religiosos y no era extraño verle retirarse a distintos conventos a orar, llevando la misma vida de los religiosos, cuidando el rezo del Oficio divino y participando en el coro con los capitulares. Eran también muy famosos sus sermones y panegíricos con los que movía a la piedad y devoción a los que le escuchaban.

En su casa-obispado, después del desayuno, se retiraba cada día para rezar el Oficio divino y la Eucaristía ocupaba el centro de su vida. Todos los días la celebraba con gran devoción y lágrimas. En las eucaristías ordinarias se detenía poco más de media hora, pero en los días de las Pascuas o de festividades grandes y en vacaciones cuando celebraba en casa o en alguna capilla de religiosos empleaba en la celebración de la misma más de tres horas y con gran abundancia de lágrimas.

Los días de fiesta por la tarde, cuando no tenía una tarea pastoral puntual y concreta ocupación, se iba a un convento y estaba allí orando e hincado de rodillas por un espacio de más de tres horas. Y es que oración mental y Eucaristía fueron para Palafox dos de las grandes columnas de su espiritualidad.

Una vez más nuestro obispo del siglo XVII interpela y supone un verdadero testimonio para nosotros después de tres siglos y medio, porque en su vida vive a la perfección las enseñanzas que la Iglesia y los documentos papales van a repetir constantemente so-

bre la centralidad de la Eucaristía en la vida de todo sacerdote y de todo obispo.

La importancia que Palafox dio a la oración en su vida es una llamada para todos nosotros en este ambiente de hiperactividad en el que nos movemos de manera que valoremos más el gran papel que tiene para todos el trato con el Señor, sabiendo que la oración debe ser para el sacerdote la fuente de donde dimana todo lo que va a necesitar para ser fiel a las exigencias de su ministerio pastoral.

Su austeridad de vida, el ayuno y el sacrificio cotidiano

Para Palafox, el obispo es el centro de las miradas y fuerza de impulso espiritual y humano para sus diocesanos. Por ello, debe ser ejemplo y modelo de virtud para todos:

“Con este presupuesto, lo primero que se ofrece a la vista, para quien propone buena dirección al gobierno universal de la familia y del Obispado, es la persona del obispo, cuyo ejemplo y virtud así ha de influir en sus familiares y ovejas como la cabeza natural en el cuerpo humano, que es la que gobierna y dirige sus operaciones”¹⁷

Para lograr ser un testimonio ante Dios y los hombres, propone Palafox para el obispo la sobriedad, la austeridad y la mortificación en la vida, como medios para *“que vaya en él cobrando fuerzas la voluntad de Dios y destruyendo y deshaciendo la propia, para adquirir y conservar la gracia, corregir y sujetar la naturaleza”¹⁸*.

En orden a adquirir esta vida austera, sobria y mortificada, comienza por la comida que ha de ser ordinaria y frugal, sin dulces ni platos regalados y con ayuno, si tiene salud, no sólo los días

¹⁷ Juan de Palafox y Mendoza, *Direcciones pastorales*, Introducción, p. 10.

¹⁸ *Ibid.*, parte I, cap. 2º, n. 1.

señalados como obligatorios por la Iglesia, sino también aquellos otros que voluntariamente quiera imponerse y que en su caso eran más de doscientos días al año.

Esta austeridad en la comida y en la mesa no es impedimento para que él ejerza, y de manera sobresaliente, la hospitalidad sobre todo con los pobres.

Palafox era una persona a quien la vida y la fortuna le habían favorecido en el esplendor de la fama y el prestigio, pero en todo momento supo superar la tentación de la plata con su espíritu de pobreza y decoro episcopal.

Otro signo de su vida sobria, austera y mortificada era su forma de vestir que, frente a la sociedad indiana y virreinal que vestía trajes de seda decorada de adornos y lujos, Palafox optó por una forma de vestir interpretada en clave evangélica, buscando no lo permitido sino lo más perfecto.

En resumidas cuentas, su comida es de monasterio, su vestido tiene corte de hábito de monje y su dormitorio es lo más parecido a una celda monacal.

Más en concreto y en el capítulo del ayuno, debe recordarse que ayunaba todo el año a excepción de los domingos, y que su comida era casi siempre legumbre y muchas noches no tomaba nada, ni siquiera una frugal colación. En cuaresma y todos los viernes y sábados del año y las vísperas de las festividades de nuestra Señora, ayunaba a pan y agua y utilizaba con gran asiduidad cilicios con los que mortificaba su cuerpo como medio de dominarse a sí mismo.

En un mundo hedonista como el nuestro del siglo XXI, cuya sociedad se define como la sociedad del bienestar, en un mundo en definitiva de fachada, encontramos en Palafox un verdadero ejemplo de sobriedad, austeridad y mortificación. Hoy, que hemos borrado de nuestro diccionario personal y social términos como sacrificio, renuncia o mortificación, la vida de nuestro obispo resulta, cuando menos, chocante en relación con nuestra forma de vivir, con nuestras aspiraciones y con nuestros deseos más profundos.

Su vida es llamada, testimonio e interpelación para nosotros que aspiramos a una existencia cada vez más cómoda, que no acertamos a comprender y mucho menos a vivir la realidad de la mortificación y el sacrificio como algo necesario para vivir, desde la entrega y la generosidad, nuestra vida cristiana.

Por eso, tendremos que hacer un ejercicio de introspección para descubrir qué es realmente lo que favorece nuestra vida cristiana: si es nuestro buen vivir o la vida austera y sacrificada, si nuestra voluntad es lo suficientemente fuerte como para resistir las tentaciones del Maligno desde nuestro buen vivir o debemos reconocer que necesitamos saber fortificar esa voluntad mucho más con una vida sacrificada, de renuncia y mortificación para lograr salir victoriosos de las tentaciones a las que diariamente nos someten nuestras mismas tendencias personales y el Maligno que obra a través de todas ellas.

En Palafox encontramos un ejemplo, un modelo y un testimonio de vida ascética que le permiten vivir las exigencias de su identidad de pastor y obispo de la Iglesia en sus diócesis en toda su plenitud. Imitemos a nuestro obispo de plena actualidad para todos, pues a todos impulsa a vivir las mismas virtudes que el vivió y que nosotros hoy necesitamos para poner en práctica lo que nos pide nuestra identidad de pastores.

Su amor entrañable a la Virgen y al Rosario

Fue Palafox gran amante y devoto de la Virgen María y tuvo un verdadero interés en extender y propagar entre sus fieles el rezo del santo rosario, tanto en las iglesias como en el seno de las familias, dedicando a esta práctica del rosario una de sus más importantes Pastorales, en la que podemos leer:

“Porque este santo ejercicio tiene con la devoción la facilidad, con la facilidad la dulzura, con la dulzura la eficacia y con la eficacia la santa importunación, con la santa importunación la confianza, con la confianza la impetración, y con ésta el amparo de

*la Virgen, que es el logro de todos nuestros deseos, amable prenda de conseguir los bienes eternos y temporales*¹⁹

En esta misma Carta pastoral ofrecía una especie de definición del rosario que llama la atención por su sencillez y carácter didáctico:

*“Llámase Rosario porque de la manera que el rosal tiene hojas, espinas y flores, también a esta semejanza se parten y meditan los misterios del Señor y de la Virgen, dividiéndolos en Gozosos que significan las hojas, Dolorosos que significan las espinas y en Gloriosos que significan las flores y las rosas. Con esta consideración y ejercicios ha de vivir el cristiano en este destierro para llegar a la Patria, caminando devota y humildemente por el gozo, frescura y alegría de las virtudes, entre las espinas de las tribulaciones, trabajos y penitencias, a gozar en el cielo de las flores y consuelo de la visión beatífica”*²⁰

En esta misma Carta describe los tres fines que se consiguen rezando el rosario:

*“El primero, alabar a la Virgen Santísima, digna de toda alabanza. El segundo, valerse de su amparo y obrar en todo como digno siervo suyo. El tercero, meditar y tener presentes los Misterios de la vida y muerte del Señor y de su Madre Santísima y procurar, hasta la muerte, vivir con obras, pensamientos, y palabras de virtud y atención de reconocer y servir beneficios tan inmensos”*²¹

A su llegada a nuestra diócesis de Osma en 1654, Palafox comunicó al Cabildo de la catedral dos proyectos que tenía en mente: el primero era la promoción de la devoción a Santo Domingo de

¹⁹ Juan de Palafox y Mendoza, *De la devoción de la Virgen María y su santo Rosario*, n. 23.

²⁰ *Ibid.*, n. 43.

²¹ *Ibid.*

Guzmán, al que él llamaba “Patriarca del rosario”, que practicó esta devoción siendo canónigo en la catedral de El Burgo de Osma y después extendió él personalmente y toda la Orden de Predicadores por todo el mundo. El propósito de Palafox era, pues, el rezo del santo rosario en la catedral como punto de partida para establecerlo en todas las parroquias de la Diócesis. El segundo proyecto era colocar una imagen de la Virgen encima de la puerta de entrada de la verja del coro por la parte interior, para que presidiera la oración comunitaria del Oficio divino.

Ambos propósitos pudo llevarlos a cabo, y ello nos indica el gran peso que tenía en él la devoción a la Virgen y la práctica del rezo del santo rosario. Y es que María debe ser siempre modelo de vida para todos los cristianos de todos los tiempos y por lo mismo también para nosotros en el momento presente. Contemplar a nuestro obispo con esta devoción tan arraigada en su espiritualidad, nos debe animar también a nosotros a hacer de la devoción a María algo que nos lleve a mirarla y conocer cómo vivió y sobre todo cómo conoció, aceptó y vivió el plan de Dios sobre ella, para que nos ayude a nosotros a vivir, a imitación suya, el plan de Dios sobre cada uno de nosotros.

Imitemos a Juan de Palafox que supo hacer de María el gran modelo para su vida cristiana, vio siempre en ella a la Madre que se preocupaba y atendía todas sus necesidades y acudió a ella con mucha confianza en todo momento “piropeándola” tantas veces a lo largo de su vida con el rezo del santo rosario.

Ella sigue siendo modelo de mujer, de madre y de creyente para todos nosotros, cristianos del siglo XXI. Acudamos a ella, mirémosla, y pidámosle que nos ayude a imitarla en su acogida, en su escucha de Dios y en su respuesta generosa.

Su labor de Padre y Pastor con los sacerdotes

Aunque anteriormente he hablado del gran amor y preocupación que Juan de Palafox mostró siempre por los sacerdotes y lo mucho que le preocupó su formación espiritual y cultural, no quiero pasar por alto las espléndidas y ricas páginas que nuestro obispo

dedica a recomendar a sus sacerdotes las actitudes fundamentales a poner en práctica en el trato pastoral con sus fieles.

Muchas de estas recomendaciones son muy útiles para que cualquier obispo actual las viva y las proponga a sus sacerdotes, de ahí la importancia de conocerlas.

Estas actitudes pastorales que debe vivir el presbítero con respecto a sus fieles las desarrolla Palafox en una obrita, pequeña en extensión pero magnífica por su contenido. La titula él *La trompeta de Ezequiel*. Una obra que escribió siendo obispo de Osma y dirigida, por tanto, a los sacerdotes de esta diócesis, de ahí la conveniencia de rescatarla para ponerla a nuestra consideración.

Solamente quiero entresacar los títulos de los distintos capítulos de la obra en los que Palafox va dibujando el estilo de vida y de actuación pastoral que quiere para sus sacerdotes, cómo ha de ser su vida, cuáles deben ser sus actitudes con los feligreses, etc.:

- ✓ Los sacerdotes deben ser humanos, agradables y cariñosos con sus feligreses²².
- ✓ La aspereza por parte de los sacerdotes con los feligreses es muy dañosa²³.
- ✓ La fuerza mayor de los curas para gobernar a los feligreses es el amor a los mismos²⁴.
- ✓ El buen cura, además de ser amable con sus feligreses, debe ser paciente en el trato con ellos²⁵.
- ✓ El sacerdote debe ser capaz de compadecerse de su grey, de padecer con sus feligreses²⁶.
- ✓ Los buenos pastores han de ser madres más que padres y en ningún caso señores²⁷.

²² Cf. Juan de Palafox y Mendoza, *La trompeta de Ezequiel*, punto 1º.

²³ *Ibid.*, punto 2º.

²⁴ *Ibid.*, punto 3º.

²⁵ *Ibid.*, punto 4º.

²⁶ *Ibid.*, punto 5º.

²⁷ *Ibid.*, punto 7º.

- ✓ Un buen cura ha de hablar y persuadir continuamente a los fieles de la importancia de su salvación²⁸.
- ✓ El buen pastor de almas debe obrar con ellos como ministro y no como propietario²⁹.
- ✓ Qué hacer los curas cuando el pueblo desoye lo que se le habla o se le predica³⁰.
- ✓ La ociosidad de los ministros de Dios es algo que el Espíritu Santo aborrece³¹.
- ✓ La ociosidad, la negligencia y el poco trabajo de los pastores lleva a la perdición de las ovejas³².
- ✓ La importancia que tiene que el Pastor escuche primero a Dios para que luego él pueda hablar de Dios a su pueblo³³.
- ✓ La importancia que deben dar los Pastores a la oración de tal manera que estén convencidos de que su falta trae consigo la ruina espiritual³⁴.
- ✓ Lo importante que es que el sacerdote cuide no sólo la oración verbal sino también la mental y contemplativa, cultivando con ella el trato interior con Dios³⁵.
- ✓ La distinta manera como sirve el sacerdote cuando en su vida hay verdadera oración mental, a como lo hace cuando ésta falta³⁶.
- ✓ La absoluta necesidad de la oración mental en el sacerdote y los males que le vienen a su vida y a su ministerio cuando ésta falta y el cura no la hace ni la vive³⁷.

²⁸ Ibid., punto 8°.

²⁹ Ibid., punto 9°.

³⁰ Ibid., punto 15°.

³¹ Ibid., punto 23°.

³² Ibid., punto 24°.

³³ Ibid., punto 26°.

³⁴ Ibid., punto 27°.

³⁵ Ibid., punto 28°.

³⁶ Ibid., punto 29°.

³⁷ Ibid., puntos 30°-38°.

Son, como vemos, toda una serie de recomendaciones perfectamente válidas para que el sacerdote de hoy tenga en cuenta y ponga en práctica, ya que realmente estos pensamientos siguen interpelando hoy al cura que tiene a su cargo una grey que cuidar.

Por resumir, yo diría que son recomendaciones que cualquier obispo actual podría aconsejar a sus sacerdotes. Hoy más que nunca es importante el talante humano y pastoral, el modo de situarse del sacerdote con sus feligreses, pues con ellos hemos de buscar cercanía, trato amable, paciencia, comprensión, siguiendo el ejemplo del Señor con nosotros que se compadece de nuestras faltas y debilidades.

Algo muy importante que los sacerdotes no podemos olvidar es que ante todo y sobre todo debemos mostrar amor hacia las personas que se nos han encomendado, un amor hecho de cercanía, de valoración, de respeto, de cuidado de sus almas en orden a la salvación, un amor de madre que quiere entrañablemente a sus hijos y nunca una actitud de señores que les dominan y consideran menos dignos de respeto y dignidad.

Otro aspecto muy importante que recomienda a sus sacerdotes es la importancia del trabajo desarrollado por ellos y la peligrosidad de la ociosidad. Lo primero lleva a cultivar y demostrar el celo pastoral que quema sus entrañas por atraer a los fieles a Dios, lo segundo, bien lo sabemos, es la causa de casi todos los males del sacerdote en su trabajo pastoral y en la Diócesis: la causa del descontento, del poco fruto, de las críticas destructivas, de las envidias a los compañeros y de la falta de obediencia:

“Veréis a un pastor de almas todo el día cazando y reventando, o jugando o parlando, murmurando, y entre tanto pierde infinitos tesoros eternos, que podría granjear con la honesta ocupación, con la oración, con la exhortación y obras loables, desperdiciando muchas coronas de gloria, que podría adquirir en aquel tiempo ocioso, perezoso y dañoso”³⁸

³⁸ Ibid., punto 23º.

El cura ocioso es el que en la Diócesis se dedica a “arreglar” siempre los problemas de los demás, sin pararse en los suyos propios, el que se encuentra con derecho a censurar las actuaciones de los otros. Será el eterno descontento, el que cree que todos lo hacen mal, el que se encuentra con derecho a ir de grupo en grupo malmetiendo, criticando, censurando la marcha de la diócesis, y como tiene mucho tiempo libre lo ocupa en crear malestar y sospechas, en juzgarlo todo, pero sin estar dispuesto a mover un dedo para que las cosas sean de distinta manera a como él las ve.

Hoy en nuestra diócesis, como en tiempos del obispo Palafox, necesitamos sacerdotes trabajadores, entregados a la tarea evangelizadora, en la que no quepan ociosidades, con una total dedicación a la tarea pastoral y al servicio de Dios y de los hermanos, que gasten y desgasten su vida por llevar el mensaje de salvación a todos los hombres, que busquen a los que no vienen a la Iglesia, que sólo vivan para la misión que se les ha confiado, que cuando llegue la noche se encuentren rendidos de haber trabajado todo lo que hayan podido por la extensión del Reino de Dios, por evangelizar este mundo en que nos ha tocado vivir, y haberlo hecho con ilusión y apoyados en el único que puede fortificarnos, en Jesús que un día nos miró con cariño y nos hizo partícipes de su misma misión.

Finalmente, Palafox recalca otro aspecto absolutamente necesario e imprescindible para su vida y misión sacerdotales: la oración. Para él, la oración fue fundamental, de tal manera que llegaría a decir que sin la oración muy difícilmente alguien puede mantenerse fiel a lo que el Señor le encomienda.

Esto mismo que vivió lo recomendaba vivamente a sus sacerdotes. El sacerdote, si quiere vivir todo ese talante especial de acogida, cercanía, amor y entrega a sus feligreses, no lo puede hacer si no es desde una profunda vida de oración. Es la oración la que le hace vivir y situarse ante los fieles de una forma totalmente distinta. Cuando el cura falla en la oración, está fallando en algo fundamental y se notará en todo, en su ilusión, en su trabajo, en su celo pastoral, en su manera de hacer y vivir todo cuanto

compone su acción pastoral. La oración es la fuente de donde va a sacar el agua que va a calmar su auténtica sed, el alimento que fortificará su vida y la luz que iluminará el camino de su identidad y de su tarea pastoral.

Benedicto XVI dirá hablando de la oración en el sacerdote:

“Necesitamos sin duda momentos para recuperar nuestras energías también físicas, y sobre todo para orar y meditar. Cultivemos la interioridad y encontraremos dentro de nosotros al Señor. Estar atentos a la presencia de Dios en la oración es una verdadera prioridad pastoral; no es algo añadido al trabajo pastoral; estar en presencia del Señor es una prioridad pastoral. En definitiva lo más importante”³⁹

En la oración encontramos consuelo para nuestras penas, alegría para afrontarlas y la fuerza necesaria para vencer las tentaciones.

³⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los presbíteros y diáconos de la Diócesis de Roma*, 13 mayo 2005.



*El Yll.^{mo} Ex.^{mo} y Venerable Siervo de Dios
D. Juan de Palafox, Obis. de la Puebla de
los Ange.^s y despues de Osmá: murió el año
de 1639 á los 59 de edad*

IV

A MODO DE CONCLUSIÓN

Vivimos en una sociedad en la que tienen un atractivo especial, sobre todo en los jóvenes, las estrellas de la pequeña y de la gran pantalla, los grandes astros del fútbol, del tenis, de la F1 y de cualquier otro deporte. Muchos jóvenes hacen lo indecible por parecerse a este o a aquel modelo que ha impactado grandemente en su vida, porque sobresale en triunfos, o por su forma de vivir o por sus recursos económicos.

También hay quien se siente especialmente impactado por alguien que está entregando su vida en tierra de misión, o al servicio de los marginados y desheredados de la sociedad y siente en su interior verdaderas ganas de parecerse a ellos y de entregarse como ellos.

Podemos decir que todos necesitamos modelos que llamen nuestra atención por su forma de ser y de vivir. Y es que el testimonio siempre ha tenido una fuerza especial en las personas y en sus planteamientos. Hoy, para los hombres del siglo XXI, este testimonio tiene una fuerza especial y una importancia mayor que en otros momentos, porque el mundo está cansado de vendedores de palabras, de grandes discursos vacíos y quiere ver personas que se crean lo que dicen y sobre todo que vivan lo que proclaman.

Éste es el caso de nuestro Juan de Palafox y Mendoza. Él llamó la atención de las personas de su tiempo por la claridad de sus actitudes frente a los acontecimientos que le tocó vivir y por los contrastes que se daban en su vida: porque teniendo todas las posibilidades de vivir como un gran señor se hace pobre con los pobres y por los pobres, porque pudiendo vivir lleno de comodidades optó por la pobreza de vida, porque siendo obispo no utilizó nunca su cargo para rebajar a nadie sino para acercar a todos a Dios con su verbo cálido y entrañable y con su forma de ser sencilla y acogedora.

Este obispo, que fue un auténtico modelo para los hombres y mujeres de su tiempo, no es una reliquia incapaz de ser testimonio y llamada para nosotros que vivimos en pleno siglo XXI. Él sigue siendo hoy un modelo de vida como obispo, como sacerdote, como cristiano y como persona.

Necesitamos poner nuestros ojos en él, descubrir que lo que él vivió y cómo lo vivió tiene mucho que decirnos hoy y que nos

puede ayudar a vivir en pleno siglo XXI un estilo de vida que no ha pasado, que sigue siendo actual, porque el Evangelio no pasa y cuando lo vemos encarnado en alguien como Palafox tiene aún mayor fuerza.

Conozcamos, acojamos e imitemos a quien fue obispo de Puebla de los Ángeles y posteriormente de nuestra Diócesis de Osma, porque él fue ejemplo para sus contemporáneos, lo es para nosotros y lo será para los siglos venideros.

La beatificación de Juan de Palafox y Mendoza es el reconocimiento público y oficial de la Iglesia de que estamos ante alguien que vivió de manera heroica las virtudes y que al proclamarlo como beato se nos presenta como modelo a imitar, como intercesor a quien encomendar nuestras necesidades y como motivo de acción de gracias a Dios por habernos dado un obispo de semejante talla espiritual, un sacerdote íntegro como lo fue él, un cristiano con una vivencia tan especial de su fe y una persona con una talante tan atrayente para todos.

Quiera Dios que sepamos aprovechar el caudal de gracias que la beatificación del obispo Palafox reportará a nuestra Iglesia diocesana.

Que Dios os bendiga y os guarde.

El Burgo de Osma (Soria), 1 de mayo de 2010

+ Gerardo Melgar
Ob. de Osma-Soria

*HIC IACET PULVIS, ET CINIS.
IOANNES INDIGNUS
EPISCOPUS OXOMENSIS.
ROGATE PRO PATRE, FILII.
OBIIT ANNO 1659. MENSIS OCTOBRIS.
DIE PRIMA*

BIBLIOGRAFÍA

1. Obras de Juan de Palafox y Mendoza

- *Direcciones pastorales*, en *Obras del Ilustrísimo, Excelentísimo y Venerable Siervo de Dios Don Juan de Palafox y Mendoza* (vol. III, parte I), Madrid 1762.
- *De la naturaleza del indio*, en *Obras...* (vol. X), Madrid 1762.
- *Satisfacción al memorial de los religiosos de la Compañía del nombre de Jesús de la Nueva España*, en *Obras...* (vol. XI), Madrid 1762.
- *Dictámenes espirituales, morales y políticos*, en *Obras...* (vol. X), Madrid 1762.
- *La trompeta de Ezequiel*, en *Obras...* (vol. III, parte II), Madrid 1762.
- *De la devoción a la Virgen María y de su santo Rosario*, en *Obras...* (vol. III, parte II), Madrid 1762.

2. Otros escritos

- R. Fernández Gracia, *Nacimiento e infancia del Venerable Palafox*, Pamplona 2000.
- A. González De Rosende, *Vida del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza*, Madrid 1671.